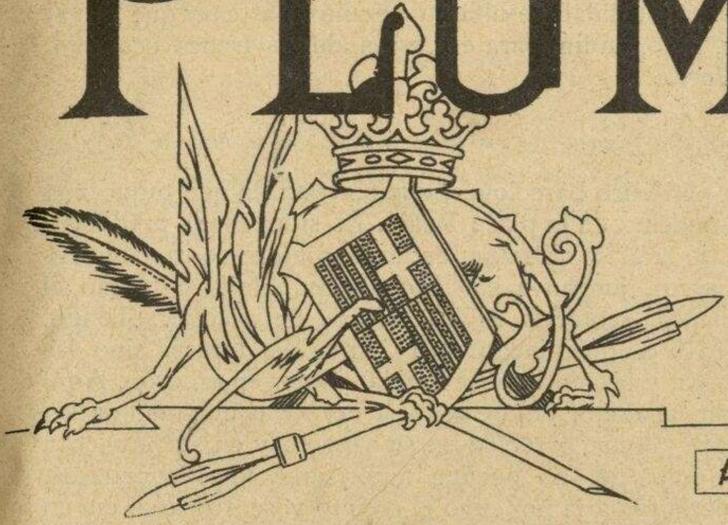


PLUMA Y LAPIZ



PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO

15 Cents

ADMINISTRACION-BUSQUETS HERMS - CALLE DEL OLMO Nº 8.

F. Herms



A LA VEJEZ VIRUELAS



DESDE LA PUERTA DEL SOL

El conflicto ha terminado; del paso de las Termópilas madrileñas, sólo queda el casucho sin ningún cristal sano, donde se defendió Leonidas con sus trescientos barrenderos, algún chichón en la cabeza de Jerjes Aguilera, unos cuantos espartanos en la cárcel, y las calles, sobre todo las de los barrios extremos, á pesar del recorrido de los sustitutos, cubiertas de estiércol, de papeles, de mondaduras de frutas, de restos de legumbres... Para que el cuadro tanjerino resultara completo, falta sólo que en cada plazuela se sentara á la moruna un concejal, con la chilabra puesta y el rosario entre los dedos... ¡El alcalde es grandé!

Por lo demás, en la presente se ha visto lo difícil que es manejar una escoba... No hay padre que no amenace á su hijo, á cada mala nota en sus estudios, con meterle á barrendero... En lo sucesivo, las iras paternas tendrán que cambiar de rumbo, y, casi casi, los interesados en el negocio deben de alegrarse del motín, porque así se ha visto la importancia que reviste la pública limpieza, y, para en adelante, se entrará en «los franco tiradores», como les llamó la gente cuando e-trenaron el uniforme con visos, por oposición... Y desde luego, puedo adelantar cuál será el ejercicio más difícil, la pieza repentizable, por decirlo así: el aseo del antiguo empedrado, con cantos, entre los que se aprisma la porquería. ¡Eso es el propio Wagner!

* *

Es lo que sucede; en estas etapas de tempestad, todo se vuelven tribunales... ó tribunas, y no parlamentarias, sino «bofetarias». Ella tiene un nombre y un apellido como Dios manda, porque, aunque pobre, nadie la gana á «honra», pero lo mismo en el mercado de la Cebada que en el de San Ildefonso, todo el mundo la conoce por María la verdulera. Y el caso es, que, la otra mañana, llegado el plazo de retirarse de la calle de la Corredera las vendedoras ambulantes, á la María «se la puso en el moño» no marcharse, porque los guardias se propasaron á amenazarla, y dejando á un lado cesta y peso, se abalanzó contra un municipal, intentando quitarle el revólver, y le puso verde á mordiscos, empujones y cachetes... Cuatro individuos fueron necesarios para sujetarla, y ante el delegado manifestaba, remangándose los brazos con arrogancia, que si hubiera llegado á quitarle la «pistola al guiri», no tiene bastante ni con seis hombres. La moderna «sans culotte» posee una brillante hoja de servicios... En el motín de Bosch era la portadora de la bandera negra, según dicen, aunque alguien lo ha rectificado.

Congratulémonos, pues, de que la sangre heroica de la hija de Malasaña haya llegado hasta los pimientos y tomates de la actual generación, si tal heroísmo es cierto, porque el mismo colega que dió la noticia, le quita á la protagonista sus proporciones épico verduleras...

* *

La noticia produjo al pronto una sensación enorme, y todo Madrid, hijo de familia, se conmovió... Nos habíamos quedado sin vientre... Así dicho, casi era cosa de darle las gracias á la Providencia... Quedarse sin vientre en vísperas del cólera resulta la mayor de las dichas: la inmunidad... Pero el vientre que la villa y corte perdía era el de la danza, ó más claro, la Bella Chiquita estaba ya camino de Santander, donde iba contratada por varias funciones... La capital no podía conformarse con la ausencia de la hermosa bailarina y cantante, y principalmente con el privilegio de que el público del Sardinero disfrutara de un espectáculo aquí prohibido... ¿Pero allí no habrá padres que velarán por la moral pública? Por fortuna, los diarios desmintieron la mala nueva, asegurando en un suelto «chiquito», que la artista padecía de anginas, y que se trasladaría, en efecto, á la costa montañesa, pero sólo á tomar baños...

La rectificación es de oro... para Santander. Ya sabemos cuál

playa será este verano la predilecta de los excursionistas al mar: el Sardinero... La localidad resulta un poquito más cara que en el Circo de Price, pero, en fin, para eso están ahí los trenes económicos de ida y vuelta.

* *

Leo en un periódico barcelonés, que se trata de que toque una música por las noches en la plaza Real... El sitio es el predilecto del pueblo, el de la clase artesana; en aquel pintoresco rincón, encerrado entre arcos, juegan á sus anchas los chicos y toman el fresco los ancianos, sentados en los bancos de piedra... Tengo, pues, la seguridad de que inaugurará la banda sus tareas, sinó las ha inaugurado ya, y la gente escuchará las piezas en reposo... Aquí existe un lugar análogo, donde vendría de perlas una medida semejante: la plaza Mayor, parecida en su aspecto y en su público á la Real, y sin embargo, no pueden autorizarse tales conciertos, porque la chulería tomaría por suyo el recinto y se trocaría en un salón de baile, con sus puñaladas y sus broncas... ¡Qué cultura revela un hecho tan sencillo en la ciudad de los condes, y qué rebajamiento en la nuestra, la imposibilidad de llevarlo á la práctica!...

* *

Las cámaras, discutiendo lentamente los presupuestos, á una temperatura de cuarenta grados. La otra tarde, obsesionado por el espantoso calor, chorreándole la frente, decía un orador desde su estrado, contestando á su adversario:

—Porque las economías, aquí en el Sudán, digo, en España...

ALFONSO PEREZ NIEVA

CELOS

Que celos, entre aquellos
que han querido bien,
hoy son flores azules,
mañana serán miel.
(Góngora.)

I

«Por lo de apuesto Medoro,
por lo deslumbrante Febo,
por lo de ostentoso Fúcar,
por lo galán Gerineldos,

Me topé ayer con un mozo
que estaba la rua haciendo
por bajo de los balcones
que dan luz á tu aposento.

Y como nunca he querido
ser importuno ó molesto,
dejé el campo á quien, sin duda,
tiene más merecimientos.

Y sin querer aguardarme
á que el ánsia en que me quemó
templara, como acostumbra,
de tus desdenes el hielo.

Di la vuelta á mi posada,
pidiendo á la paz del lecho
ya que no eternos olvidos
el hartó breve del sueño.

Con esto queda explicado
que no haya á tu calle vuelto,
ni haya buscado estas tardes
tu coche en el Prado Viejo.

Que si para darte guarda,
quien me sustituya tengo,
perseguirte, por inútil,
fuera más que osado necio.

Por lo demás, harto sabes
que, ni cien años viviendo,
podrán hacer que te olvide
ni tus crueldades ni el tiempo.»

II

«Por lo enrubrada Amarilis,
Galatea por lo esbelto,
por el tolo Melisendra,
Lucrecia por los arrestos,

Ayer oí á cierta dama
que estaba alarde haciendo
de que en sus amantes redes
te tiene hace días preso.

Y como sé que has andado
alas pidiéndole al viento
por ver de alquilar un coche
la víspera de San Pedro,
Sin que de zahori presume

bien pude dar por supuesto
que quien á otra dama sirve
es que á mi me tiene en menos.

Por eso no ha de extrañarte
que, á mi altivez atendiendo,
ni abriera mis celosías,
ni fuera al Prado á paseo.

Que no siendo culpa mía
que desocupado ó necio
me ronde, quien en mí sólo
ha podido ver desprecios,

No he querido que suponga
que te he olvidado tan presto
que ya quien te sustituya
en enamorarme tengo.

Por lo demás, si algún día
te hacen volver en tu acuerdo
crueldades, que aun merecidas
ni un instante te deseo,

Puedes tener por seguro
que en un rincón de mi pecho
hay benignidad bastante
á hacerme olvidar tus yerros.»

III

Interceptar los mensajes
sin gran trabajo pudieron
tapada de espeso manto
y galán puesto en acecho.

Mas sólo en limpio sacaron
una dobla que invirtieron
de un lacayo y de una dueña
las lealtades corrompiendo.

Pero es fama que uno y otro,
ó confiados á necios,
sabiendo su contenido
dejaron correr los pliegos.

Y como al que ana de veras
no hay aguijón cual los celos,
el pleito de los amantes
tuvo tan feliz arreglo,

Que bien pronto, afinados
ante las plantas de un clérigo,
lo que comenzó en querrela
terminó por casamiento.

Y se cuenta que lo mismo
la tusona que el mancebo
la solemne ceremonia
con pena y con rabia viendo,

Decían, por consolarse,
al abandonar el templo:
—Por hoy nos ha derrotado.
Pero más tarde veremos.

ANGEL R. CHAVES

DE VERANO

Jtan de verano! Cada cosa en su tiempo, y la literatura, como los nabos, en adviento; que guiar el carro de las letras en estío es actuar de Faetón y exponerse á que el público nos zambulla en cualquier río, como Júpiter zambulló en el Eridan al hijo del Sol y de Climene.

¡Me valga la mitología! PLUMA Y LAPIZ me apremia para que entretenga á sus lectores con los frutos de mi enteco magín, y mi magín microcósmico sufre de sequía y clama en vano á Pomona y á Ceres, á Flora y á Baco.

No hay fruta, no hay trigo, no hay flores, no hay caldos; las manzanas de oro de las Hespérides se han convertido en los podridos melocotones del *Demi-monde*, y las hijas del Atlas lloran á lágrima viva, porque Hércules no tendrá que molestarse en matar al dragón.

¡Y héme aquí, hecho una euménide con pantalones, furioso contra mi mismo, blandiendo la tea y el puñal en el Tártaro de mi cerebro!

¿Donde para el pavo real en cuya cola ha sembrado Juno los cien ojos de Argos? Allí debe estar el mio, el derecho, el présbita, que del izquierdo no veo ni ví gota jamás.

¿Es posible escribir, en tal situación, algo que valga la pena de ser leído? Me dan ganas de convertirme en Acteón y de sorprender en el baño á cualquiera de las Dianas que se refrescan el cútis en la Concha, pero me detiene el temor de que ninguna de ellas sería capaz de echarme á perros, que es lo que hizo la triple Hecate con el indiscreto cazador.

A propósito de mitología, he leído en los periódicos que Barcelona va á poseer en breve un magnífico frontón, por lo cual doy á la ciudad Condal mi más cordial enhorabuena.

La pelota es hoy una necesidad, lo único *chic*, lo único que viste, limpia, fija y da esplendor, á los pueblos que se estiman en algo.

Si vieran ustedes como estamos aquí, desde los partidos de desafío que han jugado el Chiquito de Abando y Portal contra Irún y Tandilero, nos tendrían ustedes envidia y vendrían á unir sus voces con las nuestras, en este desconcierto general.

Si las cosas siguen la aterradora marcha que han emprendido desde el reto famoso de Deusto, va á haber una que va á dejar atrás á capulentos y montescos y producir de rebote la muerte á algunos inocentes Romeos y Julietas.

Lo que se lee es algo, pero lo que no se lee es mucho, muchísimo más. La pluma tiene deberes que la lengua no respeta, y cuando se suelta la sin hueso, hay que alquilar balcones para enterarse de lo que dicen por ahí.

Crean ustedes que, si Dios no lo remedia, estamos abocados á una espantosa conflagración. Los héroes de la *chistera* han entrado en el periodo de descomposición, tal es lo que descomponen acá, acullá, á diestro y á siniestro.

Se les elige como pendones de rebelión, se jura por ellos, se los pasea en triunfo, se cifra en ellos la ventura ó desventura de una región, y mientras los hijos del campo arrojan á pelletazos á todo bicho viviente y constituyen un Estado floreciente, potente y absorbente, con la cesta por timbre y la pelota por blasón, nosotros pagamos el pato y tenemos que aguantar todo linaje de disgustos.

Aquí me tienen ustedes, por ejemplo, á mí, traído y llevado en bocas livianas, por si me gusta este ó el otro pelotari, ó hago notar que los periódicos de Madrid han llamado mas de una vez *Invencible* á Gamborena.

¿Gamborena invencible donde está, verbigracia, el gran Portal? Y Perico Arrese (como le llamaba el otro día un periódico de Bilbao) pone el grito en el cielo y me pone á mí en todas partes menos en la mansión de los ángeles, arcángeles y querubines.

Y hay muchos capuletos que hacen coro al Romeo de Iruza y fulminan contra mí tremendas excomuniones.

Aquí va á pasar algo gordo, no les quepa á ustedes duda. El ambiente está sumamente caldeado, hay mucho fuego debajo de la ceniza, y con la falta de lluvia que nos aflige estamos todos tan secos, tan amojamados, tan tirantes, que el mejor día estallamos como una bomba de dinamita.

Y como la hipocresía es lo que más detesto en este mundo miserable, y las situaciones equívocas me hacen el efecto del lecho de Procusto, y vale más vaciar el saco de una vez que andarse con repulgos de empanada, estoy deseando que reviente la mina y comience el rigodón.

Los capuletos son ricos, son poderosos, hablan récio y tosen fuerte. Donde estén ellos está la flor y nata de la sociedad.

Los montescos somos pobres, conversamos *sotto voce* y nuestra voz es tuberculosa. Donde estamos nosotros está la vida ficticia, lo falso, el similor.

Tales son los dos ejércitos que se devoran en silencio y, como dije antes, se tirarán á matar el día menos pensado.

Por mi parte, venga la batalla, y caigamos aplastados por esos modernos gigantes que quieren colocar Ossa sobre Polión y escalar el cielo.

Pero no, nadie escalará las regiones de Júpiter, porque ya habrán ustedes comprendido — y si no lo han comprendido ustedes, lo habrán comprendido otros — que esto no pasa de ser una fantasía literaria, sobre motivos de *El sueño de una noche de verano*.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI

San Sebastian, Julio á 13 de 1893.

EL DOMADOR

Así me dijo el domador un día, (y, si ello no es verdad, no es culpa mía):
—De Africa entre los vastos arenales hallé un oasis, lleno de baobales, donde una gruta, en sombra generosa, contra el rigor del sol defensa ofrece, y, por lo perfumada y misteriosa, á todo el que la pisa le parece el camarín de una mujer hermosa. El musgo viste la pared de gala y á la esmeralda en el color iguala; flores azules, en diversos giros, copian la brillantez de los záfiro; y, bajos los ramajes, bordados en el techo como encajes, en el centro de un muro hay una fuente de agua tan transparente como el cristal bruñido, y que, al caer, le imita en el sonido... ¿Quién, viéndote una vez, nido de amores, quien hay que con delicia no recuerde de tu recinto verde la sombra, la frescura y los rumores?

Como la gruta hallé tan bien dispuesta para gozar allí paz absoluta, fui muchas veces á dormir la siesta; pero una tarde, cuando entré en la gruta, hallé en ella tendidos á una leona y á un león, heridos. En cuanto con el agua de la fuente lavé sus llagas cuidadosamente, miráronme los dos agradecidos; y así, desde aquel día, vivimos en amable compañía. Pero, como el león y la leona se hallaban entregados al amor, que con flores aprisiona, yo hice el número tres, y en mis cuidados pensé que, sin disputa, lo más comodo era buscar una mujer que me quisiera,

encontrarla y llevármela á la gruta...

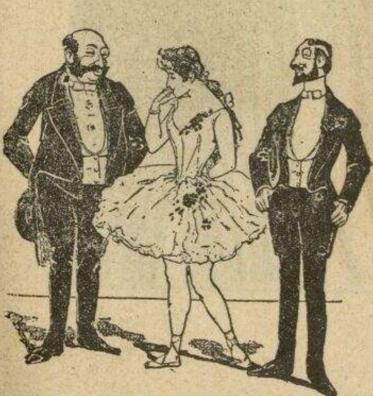
Cuando el león y la leona vieron á la mujer, al punto, encarnizados, destrozarla en sus garras pretendieron, pero al hablarles les dejó humillados; pues, como el gran poeta certifica, *la música á las fieras domestica*. Las dos parejas, en pasión rivales, cantábamos á coro los ardientes himnos de los placeres terrenales; porque, al cabo, el amor nos hizo iguales, si la naturaleza diferentes. Y, en mis brazos la hermosa, soñando idilios de color de rosa, tan feliz parecía que fui dichoso viéndola dichosa; y á veces mis delirios compartía, ó á veces nos quedábamos mirando, abstraídos en vagos pensamientos, á las fieras, que estaban disfrutando la verdad del amor sin juramentos.

Como era natural, fué la primera que á las citas faltó, mi compañera; solo el león y la leona, unidos sin cesar, se arrullaban con ruidos; y yo allí, sin descanso y sin fortuna, del dolor asomándome al espejo, más triste que la luna y más avergonzado que un conejo ¿qué iba á hacer, en las fiestas amorosas de aquellos dos leones abrazados? ¡Donde hay fieras dichosas, están de más los hombres desdichados!

—Y á un domador ¿hay seres que se atreven á darle desazonos?
—Si; yo he domado tigres y leones, ¡pero no sé domesticar mujeres!

RICARDO J. CATARINEU

EL AMOR Y EL INTERÉS



—Probemos y ella decida.



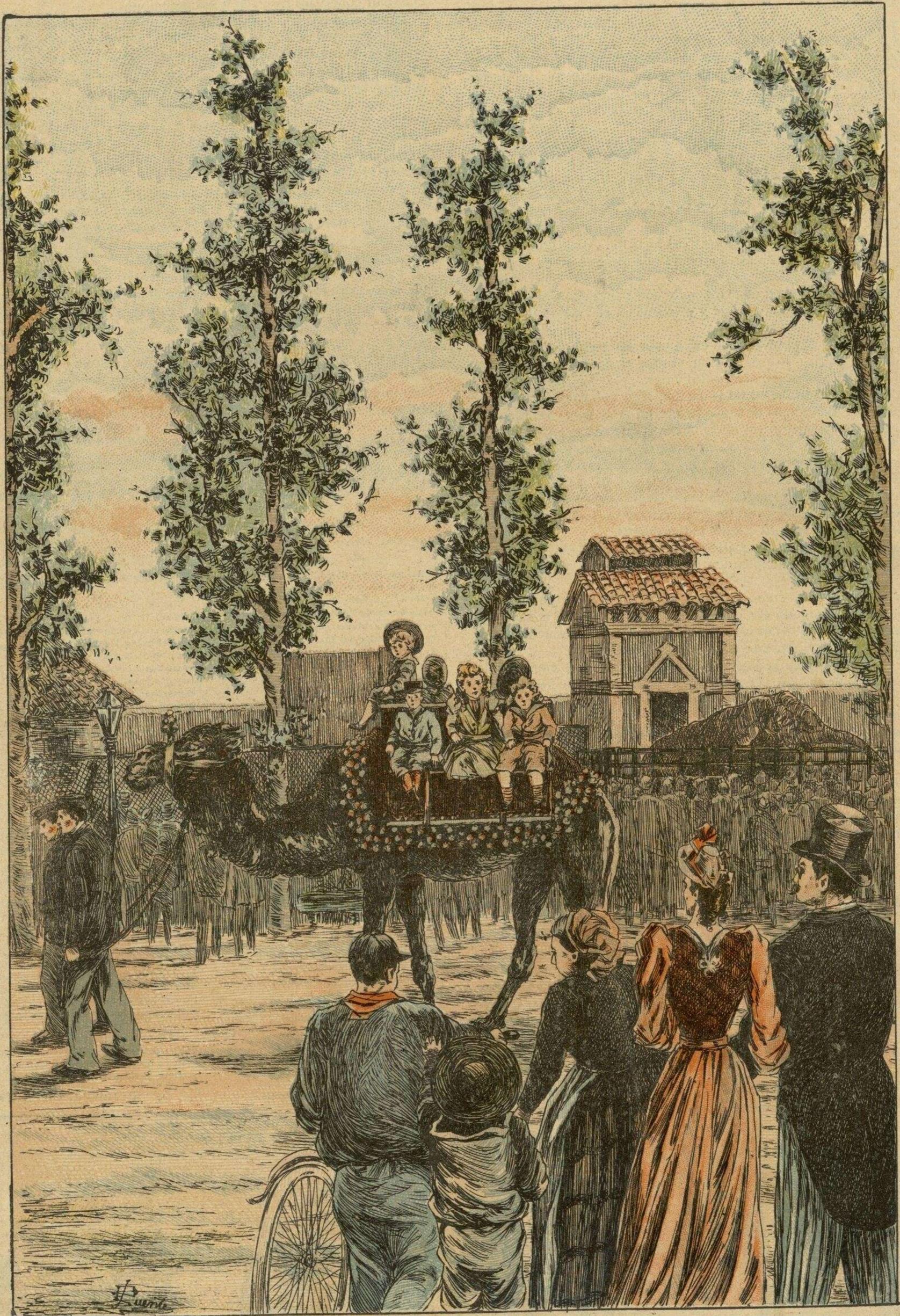
—Y elija entre nuestro amor.



—¿Quieres la alhaja ó la flor?



—La flor. (La alhaja enseguida.)



ESCENAS BARCELONESAS

EL CAMELLO DEL PARQUE. (Dibujo del natural, por J. PUENTE)



IDIlios AL NATURAL

TUNDA DE AZOTES

(PARDO BAZÁN, LOS PERIODISTAS Y LA NOVELA)



II

I muchos (los más) de los que hoy ponen mano en periódicos—y no es mano pulquérrima la suya—tuviesen que salirse del hecho escueto, entregándose á sugerencias reflexivas, habría que ver la cara de algunos diarios. Y calcúlese qué estupenda práctica, qué metamorfosis en las costumbres, si la gacetiña, con el úkase de su indiscreción delicada, se atreviese á las intimidades del hogar y castigara con un análisis psicólogo-fisiológico á la desgraciada viuda á quien

acaban de decir que ha sido su esposo víctima de los felones. Y en cualquiera de los percances y de-gracias de la vida, cuando se sufre una situación de ánimo penosa, que puede ser apacible ó colérica ¿cómo resistir á quien ahondase, en guisa de buzo, en nuestra intimidad, pretendiendo obtener escrupulosamente la nota real, sin más excusa que darle al público la *novela* de nuestro dolor y presentarnos como *documentos*? ¿Y si consentimos que conozcan los extraños todos los pormenores de la casa, qué guardaremos de su misterioso é ignorado retiro para nosotros? La Sra. Bazán no ha tenido en cuenta que hay muchos seres que no gustan de ridículas exhibiciones y son refractarios á las pompas y vanidades humanas. Confesemos que en este caso, el periodismo se convertiría en una inquisición blanca, cuyos tormentos no oso encarecer. Dijeran entonces las gentes á coro con Schopenauer, «la vida es el dolor,» como ha traducido malamente uno que se dedica á eso... ¡y hasta el código fuera necesario reformar á toda prisa!

Después dice: «Esas exquisiteces del gusto las veo mucho en los periódicos franceses y aquí no las hacen ustedes.» Sí, y además en los periódicos franceses escriben las cosas mucho mejor, y con más conocimiento del lenguaje que cultivan; porque sucede que allí las notabilidades, los filósofos, los literatos, los políticos de renombre empiezan por el periodismo, y algunos se quedan en él. En ese punto, nosotros también hemos tenido nuestra época, y aún hay muy pocas, aunque muy estimables excepciones. Pero en la masa, en la generalidad, ¡qué cúmulo de medianías y de cerebros huecos y sin fósforo!

Confesaré, sin embargo, que en cierto modo inspírame simpatía el proyecto de la Sra. Bazán. Salvo lo que de inaplicable tiene en la práctica ¡cuánto bien no se haría, como se lograra, á la literatura y á los literatos! Todo consiste en que se vuelva la fórmula del revés, es decir: no en que resulten á la postre artistas quienes ahora se consagran al periodismo, sino en que desaparezcan todos cuantos fofos le toman por oficio. Y eso, ¡con aplicar el método, aunque no fuese mas que por prueba ó como medio de depuración! ¿Cuántos periodistas se dirá que resistirían lo de ofrecer al lector reflexiones sugestivas de un pensamiento observado nimia y escrupulosamente? Pudieran contarse por los dedos.

Entonces no se hablaría con tanta ligereza como hoy se habla del arte y de la literatura, ni se incensarían ídolos falsos, ni se dirían dos palabras, (á veces no se dice ninguna) de obras que dan á la stampa para honra del ingenio nacional, Pérez Galdós, Pereda y otros eximios. No obtendrí: n tanto aplauso algunas piezas indecentes, sin más chiste que la frase subrayada por el actor y sin otro gracejo que el que se observa en las desnudeces de las actrices, y novelas que no tienen más mérito sobre los novelones por entregas y los folletines que el haber reducido su tamaño, y eso no porque los autores (que no estudian ni léen á los clásicos) cumplan la sentencia del poeta latino respecto de la brevedad.

Ah y de paso no se explotaría con tanto descoco la nota criminal y escandalosa y las necias revistas de tribunales, que por su forma y por algo de lo que en punto á reflexiones sugestivas echa de menos la Sra. Bazán, presentan á muchos homicidas vulgares como héroes patibularios.

J. FERNÁNDEZ LUJÁN

ENTRE MARIDOS

—Su esposa y la mía aquí la otra tarde se juntaron, y, ¡no es nada lo que hablaron de ellas, de V., y de mí!

Oculto tras la cortina, cometí la indiscreción de oír su conversaci6n, que fué de lo más divina.

Crea V. que me alarmó lo que á las dos escuché. ¡Ay, qué esposa tiene V.!

¡Ay, qué mujer tengo yo! Nada, que á estar á mi lado, oyéndolas escondido, se hubiera V. divertido, mejor dicho, disgustado.

¡Qué lenguas, Dios de bondad! ¡Qué modo de zacerir! ¡Hombre, estuve por salir y hacer una atrocidad!

Están conformes las dos en que somos dos casados de los más desvergonzados que ha echado á la tierra Dios.

Nos tildaron irritadas de insensibles y traidores, y... de otras cosas peores ¡que no son para contadas!

En sus bocas pecadoras no hallé ternura ni amor, sino oprobio y deshonor... ¡Demontre con las señoras!

«Mi marido es un infiel». «El mío es todo un perdido». «¡Es mucho más mi marido!» «¡Qué sabes tú lo que es él!»

Y de la razón en pos cuestionaban sin cesar, empeñadas en probar cuán malos somos los dos.

¡Yo, un mal hombre y un gandul! ¡Cátese V., para que su misma esposa de V. le ponga de oro y azul!

¡Bien me trata á mi la indina! «Pillo, infiel, y hasta insensato...» ¡Crea V. que pasé un rato detrás de aquella cortina!...

¡Si aun no teniendo decoro, eso ofende, ya se vé! ¡Si no me coloreé porque yo soy incoloro!

¡Qué concepto se ha formado de mí, tan poco hala güeño! ¡Y cuidado que es empeño en propalar lo ignorado!

Sin embargo, yo aquel día pude consolarme, al ver que tiene V. una mujer más serrana que la mía.

Y de esto no tengo duda. La dejó bastante atrás. Fuera mejor, mucho más, que la tuviera V. muda.

Para difamar sin freno no hay otra tan adecuada. ¿Y V., qué? ¿No dice nada? ¿Sufre el oprobio sereno?...

¿Le parece, en conclusión, que eso es digno y es decente?... —¡Me parece, única mente, que tienen mucha razón!

F. ROIG BATALLER



RECUERDOS DE LAS VERBENAS

I

Blanca luna, como un foco titánico de luz clara, difundía desde el cielo á la poblada mejana, ténues rayos que, al chocar en los álamos, llenaban el arenoso terreno de fatídicas fantasmas, de sombras que se movían entre parlera hojarasca al compás del cefirillo que columpiaba las ramas.

Tú y yo, cogidos del brazo, cruzamos la margen ancha del soto, donde sitúanse sus portátiles barracas los chillones mercachifles, las buñoleras saladas, las que venden agua fresca, agua... ardiente y otras aguas.

Las carcajadas, los gritos, el rasgar de las guitarras, el gruñir de los borrachos y el resonar de las palmas, formaban concierto tal, algarabía tan rara, que á aquella plácida noche arrebatava la calma; y los pobres pajarillos,

ocultos en la enramada, huían, como nosotros, de aquella grotesca zambra á ocultarse lejos, lejos, donde sólo se escuchara el surrar de la seca y amarillenta hojarasca, y el monótono *roc-roc* de las desveladas ranas que allá, á la orilla del río, cantaban y más cantaban á la luna, fiel testigo de sus largas serenatas. Al pié de un árbol frondoso, libres ya de la algazara, nos sentamos, embriagados por una pasión tan casta, como la argentada luna que nuestros cuerpos bañaba. Tu modelada cabeza, como una preciosa carga, descansaba sobre mi hombro y tus cabellos, rozaban suavemente con los míos. Aquella divina cara, pálida ligeramente, aparecía más pálida, y, por lo tanto, más bella y más poética, á causa de los ósculos, que el astro de la noche en ella daba. Tu mirada, con la mía se cruzaba... ¡y qué mirada!... volcánica, ardiente, y luego dulce, lánguida, muy lánguida. ¿Y tus lábios? Entreabiertos como carminea granada, con mutismo misterioso así decían á mi alma: «¡Un beso! ¡un beso!» Y es claro: como mi alma es tan cristiana, y tiene tan buen oído cuando tan claro le hablan,

se asomó á mi boca, y dió lo que á la tuya faltaba. Pero yo no sé qué tienen los besos de amor, ¡canastas! que las bocas aprisionan cual los sobres á las cartas... Y á fé que el nuestro, traía mucha cola; porque el alba, con un resplandor muy claro, que á mí me hizo poca gracia, nos dijo: «Caballeritos, que soy una niña hourada, y me ruborizaré en el momento que salga el sol, mi padre, y me vea á vuestro lado... ¡caramba!» Un juramento rompió nuestro sello... Mi navaja grabó, guiada por tí, estas amantes palabras: «Sólo tuya» en la corteza de aquel árbol que, con calma sin igual, y sin cantar discretamente la *guasa*, estuvo toda la noche sirviendo al amor de guardia. —Si faltas á la promesa que en ese álamo hay grabada —dije yo cuando acabaste — aquí mismo, y con esta arma, me partiré el corazón... y á tí... ¡mal rayo te parta! — Y, cogiditos del brazo, nos volvimos hácia casa.

II

Pero ¡ay! que su señorita adivinó la tostada, y me la plantó en la calle...

é hizo muy bien de plantarla.

Y sucedió, que no supe de ella en una temporada; hasta que, al año siguiente, al pasar por la mejana la noche de la verbena, vi una pareja, sentada junto al sitio en que juróme ser sólo mía la ingrata. ¡Y vean ustedes que coincidencia tan rara! era la misma... con otro collar que la aprisionaba. Cuando me vió, se soltó; pero no me dijo nada. Yo sí que la dije: — Joven, ¿no ha visto usted una muchacha por estos sitios?... — Si, sí — me contestó la taimada sin inmutarse; — ahí estuvo... Buscaba un árbol, que el hacha cortó hace ya mucho tiempo, y, al no hallarlo, es cosa clara, se ha debido de arrimar á algún otro... ¡que no faltan! — Entonces, tranquilamente, saqué la misma navaja con que la guasona aquella amante inscripción grabára, y la abrí... — ¿Qué vas á hacer? — me dijo toda turbada y poniéndose de pié, sin mirar que el papanatas de su acompañante, en todo, escamado, reparaba. — ¿Que qué voy á hacer?... ¡Partir un trozo de butifarra, y convidarles á ustedes!... — Buen provecho — Muchas gracias.

J. PEÑAFLORES DE GÁLLEGO

cuencia de que ningún español sale á la calle sin un arma, la huelga se transformó en insurrección y, como siempre, las mujeres tomaron parte.»

Etc., etc., hasta el disparate número no sé cuántos.

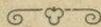
Todo esto, y algo más, lo dice un periódico francés, hablando de la huelga de los barrenderos de Madrid.

Y de ello, entre otras consecuencias importantísimas, dignas de tenerse en cuenta para cuando se escriba una historia de España que alcance hasta nuestros días, saco yo una, interesantísima por demás.

La de que España es un país rico hasta la exageración.

Por cuanto ningún español sale á la calle sin un arma.

Lo cual que... ¡Dios se lo hiciera bueno á los que no conservan del arma más que la papeleta!



Por un beso suyo la diera mi sangre, y todos sus besos por uno á mi madre.

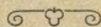
* *

De coqueta á ligera va sólo un paso: de ligera á... otra cosa, pues, va... otro tanto. ¡Niña del alma, cuida bien que los *pieses* no te se vayan...!

* *

Con tu exagerado escote, parece que vas diciendo: ¿quién quiere de mí, señores?

R. BERTRÁN



¿Hablaban Vds. de los *atracos*?

Pues no se han acabado todavía; no, señores.

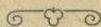
Ni trazas de acabarse en mucho tiempo.

Del último perpetrado ha sido víctima un italiano que se ganaba la vida dándole vueltas al manubrio de un piano mecánico.

¡*Cossi va il mondo!*.. que dirá con sobradísima razón el interfecto.

Porque atracar á un pobre músico ambulante supone un apetito desenfrenado de *atracarse* de timos.

¿Y las autoridades? *Todos* buenos; gracias.



El escritor Valdemoro, que es un poeta afamado, un librito ha publicado, que titula: *Granos de oro*.

Lo he abierto hoy, y confieso que el libro me ha sorprendido: en cuanto un *grano* he leído, ya me ha salido un divieso.

M. R.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR



A. Egido.—Sus observaciones son, en parte, atendibles, y procuraremos utilizarlas. Lo que hay es que, ¡son tan fáciles los toros desde la barrera!...

I. M. O. C.—Granada.—Está bien hecha, pero de tan epigramático, resultaría soso el final para la mayor parte de los lectores.

I. M.—Dice Vd.:

Te vi en medio del follage; me parecistes hermosa...

y, ¡claro! ese *parecistes* quita las ganas de seguir leyendo.

Cancervero.—El número atrasado vale 25 céntimos. La composición en'ra en turno.

Isac Serotoll.—No podemos juzgar, si no manda completa la composición. Lo que sí podemos asegurarle es que, aun cuando le hiciéramos el favor que espera, no se lo haríamos nunca con *b*, como Vd. lo pide.

A. L.—San Sebastián.

¿El huracán confortante?...

Pues no sigo. ¡Ya hay bastante!

I. M.—Valencia.—Irá.

E. U. Nuco.—Y esa también, pero al cesto.

A. Ll.—Barcelona.—Y lo de Vd. merecería ir á otro sitio peor.

P. Pet.—Siempre cierro esta sección

con algún *cap* de melón.

(Quedan más cartas por contestar.)

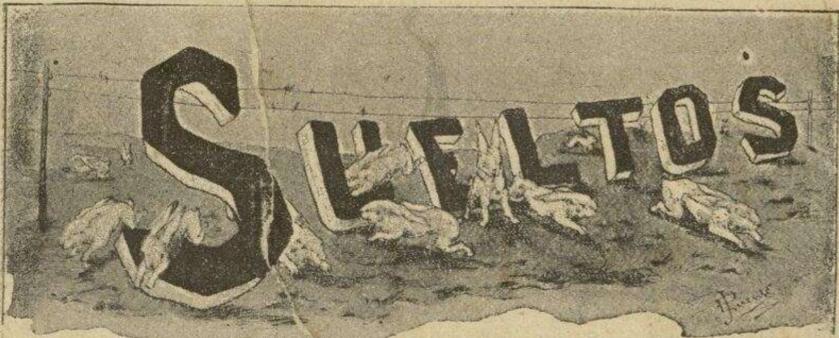


Establecimiento tipo-litográfico. Calle del Olmo, núm. 8.—Barcelona

GALERÍA ARTÍSTICA



BENITO PÉREZ GALDÓS



Váyanse Vds. enterando.

«Más de 2,000 barrenderos se declararon en huelga; á conse-



1.—Y poco contento que estuvo Cipriano cuando se vió con el uniforme de alumno, y próximo su ingreso en la General!



2.—Se aplicó, pues, muchísimo, en el primer año,



3.—y siguió haciéndolo así en los sucesivos; tanto,



4.—que terminó su carrera con un número magnífico, mas la cabeza ardiente y llena de un sinfin de cosas.

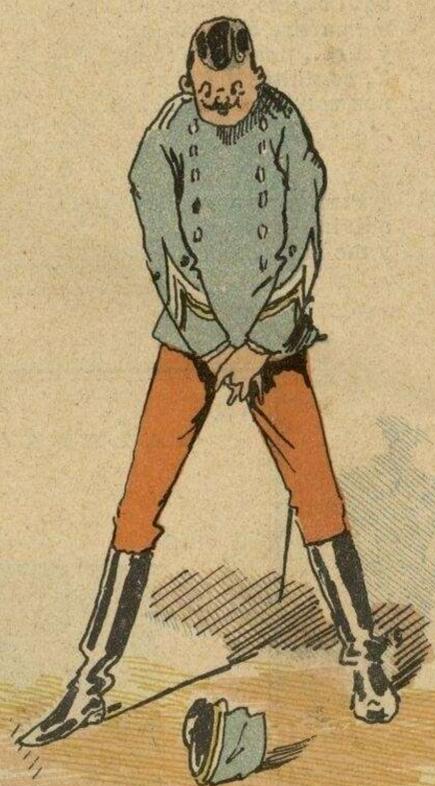
Francia



5.—Fue destinado, y prestaba el servicio como un oficial de punta. ¡Vaya! ¡Y poco entusiasmo que tenía el chico!..



6.—Mas un día, ¡día aciago! el jefe de cuartel le arrestó por estar los garbanzos del rancho crudos.



7.—Y no cesa de decirse Cipriano: ¿Porque no pondrían de texto en la Academia una obra de culinaria?

PIANOS
 NACIONALES Y EXTRANJEROS
 de las mas
 AFAMADAS MARCAS
 ♦♦♦
 SELECTO SURTIDO
 Y
 exposición permanente de dichos
 instrumentos,
 GARANTIDOS POR
 10 AÑOS



En los grandes y acreditados
 ALMACENES Y SALONES
 DE
R. MARISTANY
 PLAZA CATALUÑA, 12 y 14
 CASA DE CONFIANZA
 ♦♦♦
 VENTAS AL CONTADO
 A PRECIOS BARATÍSIMOS
 y á plazos
 SIN FIADOR

VERMOUHT UNIVERSAL
 MANSIÓ
 PREMIADO EN TODAS LAS EXPOSICIONES
 FABRICA EN SANS
 CALLE DE COLÓN, N.º 8

Depositaris Exclusivos en España
 DE LOS ACEITES,
 grasas y desincrustantes
 MARCA FENIX
 Correas, Empaquetaduras, Gomas
 Algodones, Amiantos, etc.

BUSQUETS Y TORRA

Importación directa de aceites minerales
 de Rusia y América
 BILBAO, BAILEN, 11
 —(Teléfono n.º 688)—

112 DUROS SEMANALES!!
 PIANOS SUPERIORES PARA ALQUILAR
 AFINACIONES, CAMBIOS Y REPARACIONES

PLUMA Y LAPIZ

PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO

SE PUBLICA LOS JUEVES

SUSCRIPCIONES

Barcelona.	trimestre	2	Pesetas
Provincias..	semestre	4	
Ultramar y extranjero.	un año	13	

TODOS LOS PAGOS POR ADELANTADO

CORRESPONSAL EN MADRID
 para la venta de números corrientes y atrasados
D. ANTONIO FERNANDEZ.—MAYOR. 2 y 4
 CORRESPONSAL EN BUENOS AIRES
D. EMILIO A. COLL.—Calle de Chile, número 2164